

CAPITULO VI.

DE LA COLONIZACIÓN.

1. *Qué entienden por colonización los economistas europeos.—2. Qué entendemos nosotros.—3. Males que resultan á un país de hallarse despoblado.—4. Población que puede contener México, y la que ahora existe.—5. Motivos por qué no ha progresado nuestra población.—6. Medios de poblar el país.—7. Otro medio más eficaz que no sólo aumentaría, sino que mejoraría nuestra población.—8. Se examina la cuestión de si será mejor educar y moralizar nuestro pueblo, ó traer población extranjera.—9. Males que resultan de nuestra situación actual.—10. Temor infundado de algunas personas respecto á la colonización.—11. Medios indirectos para conseguirla.—Ventajas que presenta México á los extranjeros.—12. Medios directos para atraer la población europea.—13. Observaciones contra la colonización de negros.*

1. La colonización, para los economistas europeos, supone lo contrario que para nosotros, porque habiendo en algunos países de Europa un exceso de población, se considera necesario que emigre una parte de ella y se establezca en otros lugares.

La colonización es en Europa una institución de filantropía, pues después de muchas tentativas inútiles para deterrar la mendicidad, causada principalmente por el exceso de población, se creyó haber encontrado la solución del problema, dando tierras incultas á los mendigos y trasladándolos á ellas, siendo la Francia y la Holanda las que han hecho experiencias en gran escala. En 1818 el general Vandenbosch fundó en Holanda una sociedad de beneficencia, cuyo objeto fué formar colonias agrícolas con la gente miserable del país. En Francia se dió un decreto en 1848, pres-

cribiendo que doce mil colonos fueran trasladados á la Algeria, por cuenta del Estado.

2. En México, donde la población es tan escasa, entendemos por colonización no la *emigración*, sino la *inmigración*, y por lo tanto, el modo de tratar este punto debe ser inverso al que se ve en los libros europeos: comenzaremos por indicar los males que resultan á un país de hallarse despoblado.

3. Siendo el trabajo uno de los agentes de la producción, y ejecutado el trabajo por el hombre, cuando éste falta se carece del principal elemento de riqueza, y no puede haber cultivo ni industria de ninguna clase.

A la falta de población hemos atribuido anteriormente, entre otras razones, la dificultad que se presenta en la práctica para subdividir nuestras grandes propiedades territoriales, resultando necesaria é inevitablemente esos inmensos desiertos que en lugar de producir algo, sirven para el abrigo de los malhechores y revolucionarios. Por este motivo se hace tan difícil la pacificación de México, pues las gavillas de bandidos, después de cometer un robo, huyen por lugares desiertos donde no se pueden seguir sus pasos.

Una población escasa, diseminada en una grande extensión de terreno, se debilita naturalmente, no puede presentar resistencia alguna ni en las conmociones interiores del país, ni mucho menos en caso de una invasión extranjera.

Si un exceso extraordinario de población produce el pauperismo, también puede producirlo la escasez de habitantes, porque ésta disminuye la producción, y con la falta de producción viene la miseria.

En México, sobre una extensión de más de cien mil leguas cuadradas, apenas tenemos cosa de ocho millones de habitantes, desigualmente repartidos: atendiendo á la población que hay en otros lugares, no parece exagerado calcular que muy cómodamente pueden mantenerse en nuestro país más de cien millones de personas.

Las noticias que adquirió Humboldt acerca de los nacimientos y muertes en la Nueva España, le permitieron calcular que si de tiempo en tiempo no se invirtiera el orden de la naturaleza por alguna causa extraordinaria, la pobla-

ción debía duplicar cada diez y nueve años. ¡Cuán distantes estamos, sin embargo, de que nuestra población haya seguido el curso indicado por Humboldt, pues en 1808 se contaban como seis y medio millones de habitantes, y hoy, como hemos dicho, apenas tenemos cosa de ocho millones!

5. Por exagerado que supongamos el cálculo de Humboldt, llama, sin embargo, la atención lo poco que nuestra población ha progresado, y es digno de reflexionar en qué ha consistido.

El mismo autor consideraba que lo que detenía el progreso de la población era, en primer lugar, las enfermedades como las viruelas y el *matlazahuatl*, y en segundo lugar, los estragos causados por el hambre, siendo digno de copiar lo que sobre esta última plaga asienta el escritor citado: «Los indios americanos, como los habitantes del Indostán, están acostumbrados á contentarse con la menor porción de alimentos necesaria para vivir; y su número crece sin que el aumento de subsistencias sea proporcionado á este aumento de población. Indolentes por carácter, y sobre todo, por lo mismo de que habitan un suelo por lo común fértil, y bajo un hermoso clima, los indígenas no cultivan el maíz, las patatas y el trigo, sino en la porción precisa para su propio alimento, ó cuando más, lo que se consume ordinariamente en las ciudades y minas inmediatas.»

Hemos copiado estas palabras como una prueba de lo que dijimos en el capítulo anterior acerca de la indolencia de nuestros jornaleros, considerándola como una de las causas principales de su malestar, y el dicho de un autor á todas luces imparcial como Humboldt, no puede dejar duda sobre este punto.

Repetiremos, pues, que esa pereza de nuestro pueblo todavía existe, y sigue, entre otras causas, dando los mismos resultados, principalmente en los puntos poco fértiles del país, como los Departamentos del Norte, donde llueve poco, y donde sólo la industria, la actividad y la previsión podrían asegurar las cosechas. En el año de 1850 murieron de hambre muchas personas en Durango y Zacatecas, y hace dos años que en este último lugar hizo grandes estragos el *tifus*, ocasionado por la aglomeración de miserables que se habían refugiado allí porque en el campo no tenían qué comer. «Debemos considerar las frecuentes hambres

ó grande escasez ó carestía de víveres que sufre nuestro país, como causas de mortalidad más graves aún que las más desastrosas epidemias que hasta aquí hemos conocido,» decía el Sr. D. Luis de la Rosa. (Op. cit.)

Respecto á las viruelas y al *matlazahuatl*, diremos que esta última enfermedad no recordamos haya vuelto á aparecer después de 1736, y que los estragos de las viruelas han disminuido mucho por la introducción de la vacuna, que se verificó en 1804. Empero, el cólera morbus nos ha visitado en diversas épocas, y otras enfermedades más ó menos periódicas, como el *tifus*, han causado y causan estragos notables en nuestra población.

El *tifus* se determina principalmente por el hambre y la guerra: esta última ha sido el estado normal del país, desde que escribió Humboldt, y acaso se ha llevado más gente que la peste y el hambre. El estrago de la guerra, como lo observan los economistas, es tanto mayor, cuanto que hace perecer hombres ya formados, siendo preciso que pasen muchos años para reponerse. La guerra, por otra parte, impide el ejercicio de todas las industrias; en consecuencia, paraliza la producción y acarrea la miseria. La guerra, el hambre y la peste son tres hermanas que caminan juntas despoblando las naciones.

Aun sin necesidad de llegar al extremo del hambre, podemos considerar la simple falta de comodidades y bienestar de nuestro pueblo como una causa que impide el progreso de la población.

El populacho de nuestras ciudades vive aglomerado en habitaciones insalubres, mal alimentado, casi desnudo, sin observar la higiene y despilfarrando su corto salario. La gente del campo, generalmente hablando, habita en chozas miserables de adobe ó ramas; su traje no pasa de lo que se llama *paños menores*; sus muebles son algún banquillo de madera, una estera de palma y el *metate* para moler maíz: nuestros labriegos rara vez comen carne, y su común alimento casi se reduce á pan de maíz, *atole*, chile (pimiento) y frijol (judías.)

Esta falta de bienestar y comodidades es una de las mayores causas de despoblación, porque aunque nazcan muchos niños mueren pequeños por falta de cuidado; así es que como dicen los economistas, «la dificultad no está en

nacer, sino en conservarse.» La estadística de Francia demuestra que los hombres que disfrutan ciertas comodidades mueren en razón de 0,85, y los pobres de 1,87. En las colonias inglesas los negros esclavos morían en proporción de 1 á 6, y los hombres libres de 1 á 33. El rápido aumento en la población de los Estados Unidos no sólo se debe á la inmigración, sino á la abundancia de recursos y medios de subsistencia de que disfrutan todas las clases de la sociedad. En México por el contrario, y como lo ha observado D. Luis de la Rosa, en su obra varias veces citada, «mueren millares de niños particularmente en el campo y en las pequeñas poblaciones, por la ignorancia de las madres, por su miseria y abandono, por las excesivas fatigas á que las mujeres de la clase pobre están entregadas sin cesar en la vida doméstica y principalmente en el campo. Es muy común en nuestras rancherías ver desaparecer en cada familia pobre dos, tres ó cuatro niños. Este es un mal muy grave, pero tan general y tan antiguo, que ya casi ni llama la atención... Un gran número de personas mueren en las rancherías y poblaciones cortas, porque casi todas están desprovistas de los auxilios de médico y botica, y ni aun á sus inmediaciones y en los lugares más poblados se encuentran hospitales.»

El mismo escritor hace ver que el trabajo de las minas es una de las causas de mortalidad en nuestro país, aunque Humboldt no lo creyó así, guiado por informes inexactos. En los registros de entierros de los minerales no consta el número de muertes causadas por el trabajo de las minas, porque los que se enferman en los minerales salen de ellos para curarse bajo otro clima, principalmente en el campo.

Lo que también ha contribuido á la despoblación, es la mala administración pública que ha habido siempre en nuestro país. «Si las plagas pasajeras, dice Say, son más causa de aflicción para la humanidad, que funestas á la población de los Estados, no sucede lo mismo con una administración viciosa y que sigue un mal sistema en Economía política. Aquella ataca á la población en su principio, agotando la fuente de la producción, y como el número de hombres se eleva siempre, por lo menos, tanto como lo permiten las rentas anuales de una nación, un gobierno que disminuye las rentas imponiendo nuevos tributos, y forza á los ciudada-

nos á hacer el sacrificio de una parte de sus capitales, y que por consecuencia disminuye los medios generales de subsistencia y de reproducción esparcidos en la sociedad, tal gobierno no sólo impide que nazcan hombres, sino que los mata, pues nada disminuye más los hombres como lo que los priva de la manera de existir.»

6. Resulta de todo lo dicho que los medios de aumentar nuestra población son los siguientes:

1º La higiene pública y privada.

2º Aumentar los medios de subsistencia, según lo dicho en el capítulo anterior.

3º El aseguramiento de la paz.

4º El establecimiento de una buena administración pública.

7. Sin embargo, hay otro medio que aceleraría notablemente el aumento de nuestra población, y al mismo tiempo la mejoraría, y del cual nos ocuparemos en el presente capítulo: ese medio es la colonización extranjera.

La colonización extranjera no sólo aumentaría sino que mejoraría nuestra población, porque esta aumenta física ó moralmente: se aumenta físicamente cuando crece el número de individuos, y se aumenta moralmente cuando de un hombre que no trabaja ni da utilidad alguna se hace un ciudadano útil inclinado á la industria.

Ya hemos visto lo que observa Humboldt respecto á la indolencia de nuestro pueblo y á sus funestas consecuencias. Véamos ahora la pintura que de ese pueblo hacen dos escritores mexicanos, considerados como *patriotas*, y cuya autoridad no puede ser sospechosa.

D. Lorenzo Zavala, en su *Ensayo histórico de las revoluciones de México*, (introducción), dice: «Los indios habitan en chozas cubiertas de paja ó de palmas, cuya extensión es regularmente de quince á diez y seis piés de longitud sobre diez ó doce de latitud, en forma oval. Por de contado que allí están reunidos los hijos, los animales domésticos, y un altar en donde están los santos ó penates. En medio hay un fogón que sirve para calentar el agua en que cuecen el maíz, su único alimento con pocas excepciones. No hay cinco entre ciento que tengan dos vestidos, que están reducidos á una camisa larga de manta ordinaria, unos calzon-

cillos; sus mujeres é hijas vestidas con igual sencillez ó pobreza, no conocen esa inclinación tan natural á su sexo, de parecer bien delante de los demás. Con la misma proporción referida anteriormente, no hay propietarios, y se contentan con recoger treinta y cinco ó cuarenta fanegas de maíz al año con lo que viven satisfechos. Cuando por algún trabajo ó jornal han ganado una pequeña porción de dinero, la destinan á hacer alguna fiesta al santo de su devoción, y consumen su miserable peculio en cohetes, en misas, comilonas y bebidas embriagantes. El resto del año lo pasan en la ociosidad, durmiendo muchas horas del día en las tierras calientes, ó en divertimento de su gusto en los deliciosos climas de las cordilleras. De siete millones de habitantes que ocuparán el inmenso territorio mexicano, cuatro, *al menos*, son de indios ó gente de color, entre los cuales noventa centésimos están reducidos al estado que he dicho anteriormente.» Hablando un poco más adelante el mismo autor, de las castas (pág. 34), dice: «Las castas, que formarán una quinta parte de la población, están con muy pocas excepciones, en el mismo caso,» es decir, como los indios.

Véamos ahora de qué manera se expresa D. Guillermo Prieto en su obra *Orígenes y estado actual de las rentas generales de la federación*, (pág. X y XIV): «Contamos, dice, con una población muerta, improductiva ignorante é infeliz; es decir, hay más de cuatro millones de personas segregadas de la sociedad, por su origen, por su educación y por sus costumbres, que no conservan siquiera las virtudes salvajes.»

8. No pudiendo, pues, negarse, que en México la población no sólo es escasa por su número, sino por su calidad, resulta naturalmente esta cuestión. ¿Qué será mejor, educar y moralizar á nuestro pueblo ó traer población extranjera? Para nosotros el remedio, única y exclusivamente, está en lo último, y vamos á exponer los motivos de nuestra opinión.

Será fácil moralizar la generación venidera por medio de la educación; pero, ¿cómo moralizar á hombres ya formados en el vicio? ¿cómo infundir hábitos de honradez y laboriosidad á esa multitud de bandidos que cubren nuestros caminos con el nombre de guerrilleros? Esta gente no tiene opinión política de ninguna clase, y la prueba es que siem-

pre van en contra del gobierno existente: si hay federación, pelean por el centralismo; si hay centralismo, pelean por la federación; hoy gritan en contra de la monarquía; mañana se desgañarán contra la república. ¿Qué hacer con toda esta canalla? Un ejemplo muy vulgar, pero muy exacto, compara al hombre mal educado, con un árbol que crece torcido, y cuyo tronco no puede enderezarse. ¿Cuál será la dificultad que presenta para mejorarse, no un hombre aislado, sino una gran reunión de malvados que se ayudan mutuamente en sus intentos?

No encontramos, pues, más remedio, sino contener á tal gente por la fuerza, y como la experiencia tiene demostrado que no basta para ello la parte sana de la población mexicana, es preciso convenir en que necesitamos indispensablemente de la ayuda de los extranjeros; y he aquí el primer motivo que hace necesaria la colonización.

La civilización de los indios presenta en la práctica tales dificultades, que necesitaríamos siglos y siglos para conseguirla. ¿De qué manera conseguir por medio de leyes, que el blanco vea al indio como su igual, que éste se desprenda de sus costumbres, arraigadas desde las más remota antigüedad, y que están identificadas con él? El indio es terco, tenaz, desconfiado: calcúlese, pues, cuándo, cómo y de qué manera será posible que se penetre de la civilización europea.

Debemos reflexionar igualmente que aunque la civilización puede ilustrar la mente del indio, acaso no mejoraría su carácter. Ilustrado el indio, pero desenvolviéndose en él un talento maligno, su civilización traería males y no bienes. En la tribuna de las cámaras, en las reuniones populares, hemos ya oído á los indios ilustrados vociferar contra los blancos; hemos visto á menudo algunos abogados de color excitar á los naturales contra los propietarios; decirles que ellos son los dueños del terreno, que le recobren por la fuerza. El barón de Humboldt decía: «Esos mismos indios estúpidos é indolentes que se dejan dar de palos á las puertas de las iglesias, se muestran astutos, activos arrebatados y crueles siempre que obran unidos en un motín popular.»

Después de palpar todas estas dificultades é inconvenientes, y no siendo justo ni posible destruir á los indios, es

preciso confesar que su único remedio, y con él el de la nación toda, consiste en la *transformación* por medio de la inmigración europea.

La raza mixta, producto del blanco y del indio, sería una raza de *transición*, y mucho más cuando los europeos se mezclarían no sólo con los indios sino con los mestizos que ya existen; así es que desde luego resultaría una generación numerosa de blancos.

Algunas personas dudan de la posibilidad de mezclar los indios con los blancos; pero diremos que los hechos muestran que es fácil. Hay lugares en el país, como Durango por ejemplo, donde no existe ya ningún indio, no obstante que los hubo antes; y ¿de dónde han venido los numerosos mestizos que existen en todo el país, si no es de la unión de los europeos con los indios? Con el mayor aumento de la raza blanca la mestiza sólo sería de *transición*, como antes decíamos, pero entre tanto considérese que el mestizo educado de otra manera, sería bueno y útil, pues que en nada difiere de los demás hombres, y por el contrario, se nota que es activo y enérgico. Mientras que el indio es *sufrido*, el mestizo es verdaderamente *fuerte*, y así es que desempeña en nuestra sociedad los trabajos más duros, como de minero, vaquero, herrero, etc., trabajos á que no se dedican los indios.

En definitiva, y suponiendo que los blancos y los indios no se mezclen, esto no sería un mal para el país, porque habiendo una gran población blanca los indios no podrían competir con ella, y acabarían naturalmente sin violencia ni sufrimiento alguno.

Para que no se crea que nuestro sistema es hijo de una mala voluntad hacia la raza mexicana, citaremos en apoyo nuestro un autor, que, como los citados anteriormente, figura entre los más *patriotas*. Este autor es el Doctor Mora, en la obra *México y sus revoluciones*.

«Una de las cosas que impiden é impedirán los progresos de los indígenas en todas líneas, es la tenacidad con que aprenden los objetos, y la absoluta imposibilidad de hacerlos variar de opinión: esta terquedad, que por una parte es el efecto de su falta de cultura, es por otra el origen de sus atrasos y la fuente inagotable de sus errores.

En cuanto á sus fuerzas físicas, nadie puede dudar que son muy escasas, especialmente para los trabajos del campo, que es á lo que generalmente se hallan dedicados. La tarea diaria de un indio es muy inferior no sólo á la de un alemán, sino aun á la de las familias más débiles de la raza del Cáucaso; y la agricultura mexicana hará considerables progresos luego que acabe de salir de manos del americano y pase á las del europeo. Al fin los indios se fundirán en la masa general, porque el impulso está ya dado y no es posible contenerlo, ni hacerlo cambiar de dirección; pero será más lentamente, y acaso no bastará un siglo para su total terminación. Si la colonización se apresurase, si el gobierno la hiciese un asunto de primera importancia y dirigiese á él todas sus miras y proyectos con una perseverancia invariable; si prescindiese finalmente, de las mezquinas ideas político-religiosas que hasta ahora lo han embarazado y lo embarazarán siempre, entonces la fusión de las gentes de color y la total extinción de las castas, se apresurarían y tendrían una más pronta y feliz terminación.» De esta manera pensaba el Dr. Mora.

9. Es, pues, preciso convencernos de que mientras nuestra población no mejore y se funda en una sola raza, México no puede aspirar al rango de nación propiamente dicha: nación es una reunión de hombres que profesan creencias comunes, que están dominados por una misma idea y que tienden á un mismo fin. En México no hay analogía entre los blancos y los indios; todo es diferente, el aspecto físico, el idioma, las costumbres, el estado de civilización. En México hay dos pueblos diferentes en un mismo terreno, y lo que es peor, dos pueblos hasta cierto punto enemigos, pues los indios ven á los blancos con ceño y desconfianza, y de aquí estas palabras que suelen escaparse aun á los hombres menos reflexivos *¡la guerra de castas!*

¿Será posible que mientras los indios y la parte de mestizos que están á un nivel no tengan educación alguna, ideas de patria, honor y deber, formemos un verdadero pueblo? Es imposible que entre nosotros haya espíritu público, que todos los ciudadanos tomen parte en la formación de un buen gobierno, que tengamos un ejército pundonoroso y entusiasta para defender el país de sus enemigos.